

# EL MAESTRO DE LA PERVERSIÓN



*LIAH JONES*

—Fabi, si no vas te arrepentirás por el resto de tu vida —dice Cristina, mi amiga.

—Además, ¿qué puedes perder?, quizá un poco de tiempo y nada más, porque la virginidad no creo que la vayas a perder de nuevo — sonrío maliciosamente.

—Viene llegando de España, donde vivió muchos años. Es alto, culto y atractivo, si no estuviera casada y con hijos, ni loca te lo presento, antes me lo como yo enterito, eso no lo dudes —me dice muerta de la risa.

—Vamos, ánimo —insiste Cristina, mi colega y amiga, con quien trabajo hace años en la clínica.

—Unas copas, una buena comida y si no te agrada, sencillamente te marchas y aquí no ha pasado nada.

—Eso sí, mañana me lo tienes que contar todo, todo, ese es el trato.

Estaba tan nerviosa, que me temblaban las piernas.

*¿Cómo podía haber aceptado una cita a ciegas? Realmente estoy medio loca o más bien loca de remate.*

Cristina había insistido que él era la horma de mi zapato y que sin duda jamás volvería a ser la misma cuando lo conociera.

—Aunque a veces es medio frío y distante, quizá hasta un poco extraño, diría yo, no deja de ser un hombre interesante, seductor y encantador, te vas a entretener, te hace falta un poco de diversión, amiga, anda y hazme caso, no te arrepentirás —había reiterado e insistido mi amiga.

Renovada por el agua de una larga y relajante ducha, fui probando diferentes estilos de ropa para la ocasión, opté por ponerme vestido, un vestido discreto, pero con estilo.

Los vestidos me hacen sentir atractiva, marcan la figura haciendo que mi trasero luzca muy sexi y zapatos de tacón lo bastante cómodos por si tuviese que salir arrancando.

Maquillé discretamente mis ojos, dándole mayor protagonismo a los labios con el rojo que merecían, pequeños pendientes pegados al lóbulo de la oreja, una chaqueta ligera a tono y un bolso minúsculo donde solo cabía el celular, documentos, llaves y un paquete de pañuelos desechables.

Tomé las llaves del auto y partí nerviosa a la aventura esperando de la mejor manera que la vida me sorprendiera.

Bajé en el ascensor, aun dudando si hacía lo correcto, y en sus espejos retoqué los últimos detalles, ajusté los tirantes del vestido y reforcé el toque

de labial.

El tráfico era brutal, estaba más intenso que otros días, ya iba con veinte minutos de retraso, pero contaba con que no fuera muy puntual como buenos chilenos que somos.

¡Error!

Tal y como habíamos acordado días antes, me esperaba sentado bebiendo una copa en la barra del restaurante. Su rostro era serio, pero con una mirada profunda y cautivadora.

No sé cómo conseguí mantener el equilibrio y no caerme al tenerlo delante de mí, era una imagen muy interesante, demasiado interesante.

Se levantó y su delgada, pero bien formada figura me deslumbró. Era unos cuantos años mayor que yo, de barba entrecana y con una sonrisa inolvidable.

Mientras me besaba las mejillas susurró:

—Llega usted tarde, su tiempo es tan importante como el mío, no lo olvide.

No me sentó muy bien esa recriminación, pero su presencia y su olor, una mezcla entre tabaco y Armani, me envolvió por completo, su voz suave, serena y varonil me estremeció hasta lo más profundo, logrando que olvidara rápidamente su reproche.

Me miró fijamente a los ojos y esperó a que me sentara en la mesa para hacer lo mismo. Estaba tan impactada por su arrebatador aspecto masculino, que poco pude hacer para iniciar la conversación.

Trabajo en el área médica de una clínica privada en Santiago, soy una profesional culta y bastante dedicada a mis funciones, atiendo diariamente a muchos pacientes, donde escucho sus quejas y dolores, donde trato de aliviar de la forma más competente sus problemas de salud, les hablo y les aconsejo, pero en esta ocasión en particular, no podía articular palabra.

Estaba bloqueada.

Jamás en la vida había pensado que alguien podría provocar tantos estímulos juntos mirando solo su aspecto físico, pero Andrés no dejaba indiferente a ninguna mujer, irradiaba de forma natural una energía magnética, que atrapaba, y que hasta ese momento era, para mí, una sensación totalmente desconocida.

La cena transcurría de forma completamente normal, aunque hablaba bastante poco lo escuchaba embobada.

Me explicó que había vivido muchos años en España, un tiempo en Madrid y otro en Barcelona, que era aficionado al fútbol, seguidor y fanático del Barça, por sus orígenes catalanes, además de por Messi, Ronaldinho, Xavi e Iniesta, que eran unos cracs, que era ingeniero y publicista, especialista en marketing, que estaba divorciado desde hace mucho tiempo y que hace poco una de sus hijas se había ido a vivir a su departamento, por la cercanía con la Universidad donde estudiaba.

Del Barça y de esos señores que nombraba con tanta pasión. La verdad no tenía mucha idea de quiénes eran, después supe que eran futbolistas, pero lo último reconozco que me enterneció, además de atractivo, tenía una vida familiar.

Seguimos conversando un buen rato sobre mi trabajo en la clínica, mi vida y la suya, todo de manera bastante superficial sin entrar en muchos detalles.

Tenía un halo de virilidad encantador que lo envolvía todo, pero después de un buen rato de conocernos aún continuaba tratándome de usted.

—Andrés, por favor, vas a empezar a tutearme, porque me empieza a resultar un poco violento tanto formalismo —dije sin pensar demasiado.

—Señorita, usted y yo aún no tenemos la suficiente confianza como para tutearnos —me contestó de forma serena y tranquila.

Al oír su respuesta no pude disimular la mueca de desaprobación que se formó en mi rostro, pero apenas vio mi reacción, se largó a reír a carcajadas.

Cuando sonreía era aún más atractivo, algo extraño tenía esa sonrisa que humedecía de manera imperceptible, pero ascendente.

Cuando nos sirvieron el café, noté como su cuerpo se tensaba e inquietaba, me miró directamente y sus ojos verdes se clavaron en los míos.

—No sé qué te pudo haber contado Cristina sobre mí, pero creo que siempre es mejor dejar las cosas claras y sin malos rollos, para que después no haya malos entendidos.

—No me dijo nada en especial —le respondí —solo que eras muy atractivo y que no tenías muchos conocidos en Chile.

—Bueno, no conozco mucha gente, es verdad, lo otro es un piropo que agradezco, pero es bastante banal y superficial como para describirme —replicó y continuó.

—Creo que ya hemos conversado bastante sobre nosotros, somos personas adultas, relativamente normales y con muchas cosas en común, pero

te quiero hablar sobre mis gustos sexuales, que no son precisamente comunes ni convencionales— dejando las palabras suspendidas en el aire y a medio terminar, porque lo interrumpí de forma abrupta.

—Andrés, creo que hablar de sexo en nuestra primera cita no viene al caso, no corresponde y sinceramente te lo digo, es bastante desatinado por tu parte... —pero no me dejó seguir hablando.

—Yo no hago el amor, follo duro como buen chileno. Me gusta cular fuerte y duro —remató

Mis ojos se abrieron desmesuradamente, quedé asombrada y perpleja, no sabía qué decir, ni qué hacer ante tal afirmación, lo más lógico era tomar mis cosas y marcharme, pero le contesté de inmediato esbozando una sonrisa nerviosa lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Me vas a decir que eres un Christian Grey de producción nacional? —le dije medio en serio y medio en broma.

Su rostro se contrajo al instante y su bella sonrisa desapareció de su boca como por arte de magia, noté de inmediato que la pregunta le había molestado.

—Fabiola —me dice, mirándome fijamente —Antes de que se pusiera de moda ese BDSM rosa y light, que recién conocen ustedes, muchos años antes ya me movía en ese ambiente, lo conocí y lo practiqué cuando vivía en Barcelona, me gusta el sexo duro y dominante, pero por favor, no lo confundas con sadismo, no disfruto con el dolor, ni el sufrimiento ajeno, sino con el goce y el placer que proporciono, lo mío es una forma diferente a lo habitual, que por lo demás es plenamente consensuada entre las partes, además —continúa diciendo— siempre hay códigos de seguridad preestablecidos en los roles, donde juega un papel importante el pleno respeto hacia la otra persona, que a la vez es mutuo.

—Cuando estoy con una mujer —continuó— solo estoy con ella, como ella conmigo, aprendemos y crecemos juntos, potenciarse entre ambos es algo primordial en la relación, como también lo es la exclusividad y confidencialidad.

—Pero sí, se podría decir que algo de Grey tengo, exceptuando sus traumas, sus empresas, sus aviones y su dinero —terminó por decir, volviendo a lucir su cautivante sonrisa.

Había estudiado en la Universidad algunas parafilias y ciertamente esta era una de ellas, pero había algo en el ambiente que me hacía quedar pegada a

la silla y no salir corriendo del restaurante.

Siempre con esa sonrisa a flor de labios me dice:

—No me mires con esa cara de extrañeza y tampoco me trates de analizar porque no podrás, voy cien pasos por delante y veo cosas en ti que los demás no ven, guapa, y perdona la muletilla española, aún no logro evitar esa exclamación cuando veo una mujer tan encantadora y hermosa como tú.

—Eres inocente y muy transparente Fabiola, tus emociones y sensaciones te delatan, saltan a primera vista, sin duda tienes mucho que aprender, conocer y explorar—, eres muy inteligente, pero hay un dicho popular que dice *la curiosidad mató al gato*, y todo lo que te he contado sobre mis gustos te produce curiosidad y mucho morbo.

Realmente estaba perpleja.

—Es más, desde que entraste por esa puerta estoy deseando quitarte a mordiscos ese hermoso vestido negro que llevas puesto, como también, saborear y disfrutar de esos labios tan rojos como cerezas —me mira fijamente y me desnuda con la mirada —entre otras muchas cosas más—, terminó por decir.

Me quedé muda y atónita, jamás en la vida un hombre me había hablado de esa manera, tan directa, certera y ruda, con tanta determinación, pero unas gotas de humedad en mi vagina me empezaron a traicionar.

Vuelve a clavar sus ojos verdes en los míos, y me dice sonriente:

—Sé que te estás humedeciendo, como también sé que te estás calentando al escucharme hablar, puedo leer perfectamente todas las señales que emite tu cuerpo, tú mejor que nadie, en vista de tu profesión, debieras conocer el lenguaje corporal, pero tranquila, no voy a dar ni un paso sin que sepas dónde te estas metiendo.

—Guapa, tu cuerpo habla y mucho.

Traté de enfriar las cosas restándole importancia a la evidencia de los hechos.

—Perdóname, Andrés, está bien, es verdad que me calientas, pero ¿tener una noche de sexo contigo me obliga a algo? —le digo retándolo con la mirada.

Se largó a reír con esa maldita sonrisa que me derretía.

—Vale —me dice— eres dura y más provocadora de lo que parecías, pues bien, se inicia el juego, coge tu chaqueta y tus cosas, nos vamos. .

No sé por qué motivo obedecí esa orden, ni sé por qué motivo me subí a

su auto, iba como hipnotizada, solo me dejé llevar por sus instrucciones sin detenerme a pensar ni por un instante, que no conocía de nada a ese tipo.

Estacionó su auto en el parking de un motel cercano y sin mediar palabra empezó a besarme, primero el cuello y después me mordió los labios. Sus manos no tardaron en meterse debajo de mi vestido, y de un solo golpe dejó al descubierto mis pechos.

Con la destreza de un maestro deslizó sus manos por mi espalda y desabrochó el sostén.

Podía ver el deseo en sus ojos que me hacían sentir más hermosa que nunca. Empezó a lamer mis pezones y a dar pequeños mordiscos en ellos, lo único que podía hacer en ese momento era gemir.

Se acercó a mi oído y me susurró:

—Ahora tal y como estás vamos a subir a la habitación y te voy a culear bien culeada. No quiero que te tapes, quiero que vayas mostrando tus preciosos pechos.

Lo miré horrorizada ante tal petición, pero antes de que pudiera reclamar o decir algo, mete su mano en mi entrepierna y sobre el calzón toca mi vagina presionándola levemente con sus dedos.

—Ummmm, que caliente y húmeda estás, guapa, creo que esta noche no la vas a olvidar tan fácilmente —me dice

Tal y como me lo había pedido fui con mis pechos desnudos paseando por todo el estacionamiento, debo reconocer que el miedo a ser vista solo aportaba más morbo a la situación, una extraña excitación me invadía por completo, la noche estaba aún sin comenzar y ya mis hormonas estaban revueltas a punto de explotar.

Durante el trayecto me mordisqueaba los pezones y sus manos me recorrían entera, solo gemía borracha de placer, me sentía caliente, extrañamente libre y deseada.

Una vez en la habitación no hubo más contemplaciones, terminó de sacarme el vestido, me arrancó el calzón y apoyó mi cuerpo contra la pared. Estaba completamente desnuda solo con mis zapatos de tacón puestos.

Intenté darme la vuelta para ver qué hacía, pero me resultó imposible

—Si no te quedas tranquila guapa, te voy a tener que atar, sé buena por esta vez, empecemos bien —me dijo susurrándome al oído

Noté como su lengua recorría mi espalda y dejé de forcejear, siguió bajando hasta llegar a mi trasero, de forma instantánea e instintiva cerré mis

glúteos, estaba muy caliente, pero me incomodaba lo que estaba intentando hacer.

Siguió bajando, besando y lamiendo mis muslos cuando noté de pronto como uno de sus dedos se introducía en mi vagina. Grité.

—Uffff, estás muy húmeda, bastante cerrada y totalmente depilada, pareces una adolescente virgen, no sé si me voy a poder contener mucho rato contigo— estás deliciosa, guapa.

Empezó a mover suavemente su dedo en mi vagina y una explosión de sensaciones estalló en mi piel, todos mis vellos se pararon, me sentía como un erizo.

Metió otro dedo dentro de mí y en pocos segundos mis piernas empezaron a temblar empapándose de fluidos, estaba tan mojada que sentía mucha vergüenza por el estado en que me encontraba.

Sus dedos se movían con la fluidez de un experto que me llevó rápidamente a un intenso orgasmo. Un río torrentoso de flujo salió disparado de mi vagina empapándolo todo, jamás en mi vida me había pasado algo parecido y más aún, nunca había tenido una experiencia similar.

Me acosté sobre la cama recuperándome del orgasmo, Andrés se recostó a mi lado, donde pude apreciar su cuerpo totalmente desnudo bastante bien cuidado para sus años, que no eran muchos, pero tampoco eran pocos y mi vista se dirigió a su pene erecto, tieso y duro como una piedra, él me sorprendió mirándolo y me dijo:

—Es tuyo, móntalo.

No lo dudé ni por un instante ya sin pudor ni recato, me levanté y me monté, coloqué mi vagina sobre su pene y este empezó a entrar lentamente, controlaba la profundidad, ya que me dolía cada vez que avanzaba, sentía como me iba desgarrando, era muy grueso y grande para una mujer pequeña y menuda como yo, hasta que finalmente llego hasta el fondo, hundiéndose en mi útero, me llenaba entera, ya no había dolor, mi cuerpo se invadió de placer, perdí toda la compostura y empecé a cabalgar desafortadamente, moviéndome y frotándome frenéticamente sobre su pene, estaba clavada a una estaca de donde no podía salir, de donde nunca más podría salir.

Me movía y me movía, hasta que sentí el primer golpe en mis nalgas y luego otra más, fue como una violenta descarga eléctrica, me estaba dando de nalgadas, pero lejos de molestarme, le grité de forma inconsciente:

—Dame más, más fuerte, sigue, no pares.

Mi clítoris se había trasladado a mis nalgas, ante cada palmazo miles de estrellas desfilaban ante mis ojos llenándome de un sinfín de nuevas sensaciones.

Cada nalgada que recibía era una dosis de pura adrenalina.

Acabé en múltiples y sucesivas ocasiones de forma tan brutal que recién a estas alturas de la vida me percaté de que era una mujer multiorgásmica, después de un matrimonio fracasado y de unos cuantos amantes esporádicos, descubrí el verdadero significado de la palabra “culear” con todas sus letras.

Me bajé y me recosté a su lado jadeante con el corazón palpitante y latiendo a mil, agitada aún por las emociones y por los nuevos descubrimientos que jamás en la vida imaginé que iba a sentir, me dolía la vagina e incluso tenía unas pequeñas manchas de sangre.

—¿Estás bien? —me pregunta —porque esto no ha terminado.

La verdad es que ya no tenía fuerzas, estaba agotada, era mucho más de lo que había esperado tener en una noche de sexo casual, pero antes muerta que sencilla le dije:

—Estoy fantásticamente bien, mejor que nunca.

En ese momento me abraza y empieza a acariciar mis pechos, muerde y lame mis pezones, mete sus dedos en mi vagina rebosante de fluidos y los empapa, baja con ellos hasta llegar a mi ano, inconscientemente lo aprieto y lo cierro, nunca había tenido sexo anal, aunque más de alguno lo había intentado... sencillamente no me gustaba.

—Andrés, no por favor, de verdad no me agrada— no quiero.

—Relájate y déjate llevar, verás cómo te gusta.

—Duele y mucho, además no siento placer por ahí —le digo gimiendo

—Duele si no lo haces bien, y lo del placer es subjetivo. Déjame a mí, te voy a guiar.

—Si te duele mucho o no te gusta, lo dejamos hasta aquí, pero al menos inténtalo.

—¡Compláceme!, ¿quieres? —me mira con esa maldita sonrisa en su boca que doblaba totalmente mi voluntad.

Después de pensar por unos momentos, le digo:

—¡Está bien! —resignada a la situación—, ¡intentémoslo!, ya sabes que no me gusta y si digo que te detengas, lo haces de inmediato y no sigues insistiendo más con el asunto, ese es el trato.

—Vale, guapa, lo que tú digas.

Me coloca en cuatro, sentía mucha vergüenza que todo mi trasero estuviera levantado ante sus ojos, empieza a mojar y masajear mi ano de forma suave y circular, una y otra vez.

—Relájate, relájalo y suéltalo, déjalo libre, siéntelo —me susurraba una y otra vez.

Lo hago y empieza suavemente a introducir su dedo mojado por mis fluidos, me dolía, pero no puedo negar que también me agradaba, era una sensación diferente, cada vez que lo metía, pequeñas contracciones hacían vibrar mi cuerpo, relajaba y soltaba mi ano en mayor medida, ya no me dolía mucho, lo estaba empezando a disfrutar.

No sé si pasaron minutos o segundos, porque mi cuerpo estaba sumergido en otro mundo, cuando me dice:

—Guapa, prepárate para recibirme, relájate.

Coloca su pene en la entrada de mi ano, empieza a empujar y penetrar muy despacio y suave, primero la punta de su glande hasta que introduce un poco más de su miembro, me dolía, sentía como cada milímetro que ahondaba desgarraba y abría mis carnes, estaba entrando por un camino virgen e inexplorado.

Gritaba de dolor o quizá de placer, las lágrimas salían solas y rodaban por mis mejillas, pero me gustaba la extraña sensación de sentirme poseída de forma tan salvaje y primitiva, la verdad es que me calentaba y en ese momento estaba ardiendo.

Una vez dentro, no todo, solo algo más que la punta de su glande empezó a entrar y a salir, una y otra vez, me relajé totalmente y empecé a disfrutar de sus movimientos y de las sensaciones que provocaba, aunque cada vez que intentaba entrar un poco más, no podía evitar gritar de dolor, confundido ahora sí, de un intenso placer.

Mientras me penetraba, sus manos apretaban mis pechos y pellizcaba mis pezones, que estaban duros y erectos, descubriendo que mi red sexual no solo era mi vagina y mis pechos, tenía que incluir a mi ano, el que hasta ahora me estaba entregando placeres insospechados e imaginados

Se empezó a mover con más prisa, con más fuerza, pensaba que en cualquier momento me iba a rajar y romper, se pegó a mi espalda y comenzó a morder mi cuello de forma casi animal, apretaba mis pezones intensamente, me gustaba y me excitaba la situación que estaba experimentando, me sentía tan caliente que ni siquiera podía articular un sonido, solo me dejaba llevar

como una marioneta articulada por los hilos de un maestro de la perversión.

De pronto, su cuerpo se tensa, se detiene suspendido un segundo en el aire, me penetra con fuerza y su pene empieza a palpar y a escupir una y otra vez, llenando el interior de mi ano con su semen caliente y viscoso.

Sin querer ni pensarlo y de forma inconsciente, una oleada de espasmos y vibraciones me recorren entera, un intenso y largo orgasmo se apodera de mi cuerpo dejándome casi sin vida y exhausta.

Era mi primer orgasmo anal.

Después de unos minutos repuestos de las intensas emociones vividas, desnudos en la cama, Andrés se acerca y me abraza, coloco mi cabeza en su hombro derecho y me susurra al oído:

—Jamás en la vida había sentido tanto placer como contigo, eres genial guapa, quiero que te quedes conmigo y aprendamos juntos a recorrer este camino hasta el final.

Hazme tuya Andrés, guíame y enséñame tu mundo, muéstrame ese mundo que solo conduce al placer sin límites ni fronteras.

Mi eterna gratitud a mi amiga Cristina quien me animó a dar este paso y que realmente cambió mi vida tal como lo había predicho.

Como habíamos acordado, al otro día llegué a mi turno en la clínica algo trasnochada, sonriente, radiante y con el pelo brillante, le conté parte de mi exquisita aventura, obviando por supuesto los muchos detalles que quedaron guardados en la confidencialidad que había prometido.

Así fue como terminó nuestra primera cita, que fue el inicio de esas historias que se guardan en la piel y florecen en los recuerdos.

—Quítate la ropa, pero déjate los zapatos quiero ver cómo estás después de mi ausencia —dice con toda calma.

Ella obedece, se quita la ropa y queda totalmente desnuda.

Él solo la mira y la observa, sin decir ninguna palabra.

Recién comenzaba el otoño y la calidez del clima veraniego de Santiago empezaba a decaer, aún no hacía mucho frío, lo que hizo que Fabiola se animara a usar vestido, aunque el fuerte viento que corría se colaba por debajo de su falda, ella lo lucía de manera sexy y provocativa.

Ansiosa caminaba hacia el hotel donde la había invitado a cenar.

Andrés estaba de regreso de su viaje de negocios luego de recorrer algunos países de Europa y Asia. Luego de siete interminables semanas desde el último y único encuentro, la llamó para sorprenderla con su arribo e

invitarla a que se encontraran aquella misma noche. La alegría y la sorpresa fueron mayúsculas.

El trabajo en la clínica había sido intenso estas últimas semanas, tenía muy poco tiempo para mi vida privada, había tenido que cubrir muchos turnos extras, por el brote de influenza y de enfermedades respiratorias, que con fuerza empezaba a asolar Santiago y la zona sur del país, habían colapsado los servicios de urgencia de Clínicas y Hospitales. Eso sumado a la falta de comunicación con Andrés, me hizo pensar que todo lo que pasó aquella noche de pasión desenfrenada había sido solo una quimera del momento, solo dos llamadas al celular, una breve conversación por Skype y un par de emails, todos ellos bastante fríos e indiferentes, había sido nuestro contacto durante estas siete semanas, llegando a sospechar que nuestra relación se había enfriado y olvidado por completo, que la pasión y todo lo que nos prometimos en esa cita memorable se había esfumado y se había escurrido como agua entre los dedos.

Su trabajo, mi trabajo, la distancia y las horas de diferencia nos pasaron la cuenta, reflexionaba mientras apresuraba la marcha, no quería llegar tarde.

Creía haber encontrado la horma de mi zapato, nos dijimos e hicimos tantas cosas que me hicieron feliz, descubrí un nuevo mundo de sensaciones y emociones, me entregué por completo para seguirlo hasta el fin del mundo aceptando conscientemente todo los extraños y oscuros cambios que surgirían mi vida, pero dos días después de aquella mágica noche sin apenas hablar de lo sucedido, tuvo que viajar urgente al extranjero por trabajo.

No tenía ninguna certeza de lo que me deparaba esta noche, pero lo que fuera lo tomaría con tranquilidad y entereza.

Me esperaba sentado en el hall del hotel, apenas me vio se levantó y me saludó de forma casi formal, seguía tan atractivo como lo recordaba, su olor inconfundible a tabaco y Armani lo tenía grabado a fuego en mi memoria, que me hizo evocar y revivir por segundos la emoción que tuvimos en aquella única noche. Me estremecí.

Pidió las llaves de la habitación y subimos por el ascensor, había alquilado una habitación del último piso, un pent-house.

Íbamos subiendo solos, pero en completo silencio, de pronto, noto cómo una de sus manos se escapa por debajo del vestido y con uno de sus dedos corre el calzón quedando justo sobre el clítoris, que ya estaba duro desde el momento en que nos encontramos.

Palpo sus formas y en una danza tibia, pero imperceptible, su lengua empieza a recorrer mi cuello logrando que subiera al máximo la temperatura, hasta tener incluso la loca y delirante idea de quitarme el vestido ahí mismo y sin más demora.

—Calma, guapa, también te extrañé y mucho —me susurra suavemente al oído.

Salimos del ascensor y empezamos a caminar por el desierto pasillo, me llevaba tomada del brazo cuando se detiene ante una de las dos puertas que tenía el piso, me dice:

—Cierra los ojos y no los abras hasta que te lo diga.

Tomada de su brazo empiezo a caminar, nos detenemos y siento como se cierra una puerta, me suelta, y ahí quedo parada con los ojos cerrados.

—Puedes abrirlos, guapa.

No podía creer lo que veía, una gran habitación en penumbras iluminada solo por velas, un gran jacuzzi en un costado, un paisaje maravilloso en altura de Santiago donde sobresalía majestuosamente la cordillera de Los Andes y lo más impactante, el piso estaba plagado de pétalos de rosas rojas por todas partes.

Asombrada por el espectáculo busco con la mirada a Andrés y lo veo sentado tranquilamente en un hermoso sillón señorial estilo Luis XV ubicado en una esquina del salón, me observaba silenciosa y detenidamente.

De pronto apoya su cabeza sobre su mano izquierda y me dice:

—Quítate toda la ropa, pero déjate los zapatos, quiero ver cómo estás después de mi ausencia —dice con toda calma con su voz suave y profunda.

Me empecé a desvestir sin quitarle la mirada, primero el vestido, luego el sostén, mis pechos no disimulaban el estado que me encontraba pues mis pezones estaban duros y erectos, me quedé unos momentos con el calzón puesto sin dejar de mirarlo, el seguía sentando impertérrito observando mis movimientos hasta que con un gesto de su mano me indicó que me sacara el calzón.

Quedé totalmente desnuda ante sus ojos, solo con mis zapatos de tacón puestos.

—Gírate, te quiero ver entera.

Estaba parada a unos tres metros de donde se encontraba sentado, empecé a dar vueltas sin cuestionar en ningún momento su petición, simplemente obedecía.

—Hermosa, simplemente hermosa, qué deliciosa estás —exclamó susurrando.

Su mirada de deseo me estremeció hasta lo más profundo que no pude evitar que unas gotas de fluido brotaran de mi vagina, cuando dijo:

—Ahora baila para mí.

Toma un pequeño control remoto, lo aprieta y empieza a sonar *Rolling in the Deep* de Adele.

Quedé paralizada ante tal petición, me gusta bailar en las discotecas, reuniones con amigos, pero desnuda ante una persona, jamás lo había imaginado a excepción de un osado sueño que tuve hace mucho tiempo donde bailaba con un grupo de amigas en un caño totalmente vestida, pero esto nunca en mi vida, esto me sobrepasaba.

—¿Qué pasa? —me pregunta—, ¿acaso no sabes bailar? .

—No es eso Andrés, pero esto me parece bastante ridículo— digo algo molesta.

—Entiendo —me dice— creo que no comprendiste nada de lo que conversamos la última vez que estuvimos juntos .

—Vale, guapa, si tanto te molesta y encuentras ridículo complacerme, si tanto te cuesta bailar para mí, puedes tomar tu ropa y vestirme, la puerta de salida ya sabes dónde está —terminó diciendo.

No podía creer lo que estaba escuchando, no había esperado ansiosa durante siete semanas para ser humillada y maltratada de esta manera, en este momento, solo deseaba volver a ver esa sonrisa que me derretía, sentir ese poder masculino en mi interior, gozar y disfrutar como en aquella noche, conocer y explorar su mundo tal como habíamos hablado.

¿Su mundo? Mi mente se empieza a aclarar y a recordar cada palabra, su mundo oscuro de dominación, yo había aceptado compartir sus experiencias y aventuras de esas que llevan al placer sin límites ni fronteras, yo había aceptado ser su hembra, había aceptado aprender a ser sumisa.

Aquella noche le dije que me hiciera suya y que sería de su exclusiva propiedad.

*Las tonteras que uno dice cuando se está embobada, encaprichada y caliente.*

Aún estaba desnuda delante de él, levanté la vista, lo miré fijamente, unas lágrimas corrieron por mis mejillas y le dije:

—Bailaré para tu placer, no porque me lo estés pidiendo, sino porque yo

lo quiero hacer.

Cerré los ojos y empecé a bailar moviendo y contorneando mis caderas con los brazos en alto dejándome llevar por el ritmo de la música.

—Me gustas Fabiola, me gusta tu carácter rebelde y contestatario, tenemos mucho trabajo por delante, deberás aprender a distinguir claramente quién manda y quién obedece.

—A partir de este momento ya no soy Andrés, soy tu Amo y Señor, quien te cuidará, te protegerá y velará por ti.

—Te enseñaré y cubriré todas tus necesidades, tu placer y tus deseos, ¿entendiste? — su mirada era tan intensa y profunda que no me dio la oportunidad para dialogar.

—Sí —respondí, poco convencida ante su declaración de principios.

—¿Perdón? No te escuché.

—Escuché lo que dijiste y mi respuesta es si —volví a reiterar alzando un poco la voz.

—¿¡Sí, qué!?

—Sí, mi Amo —dije bajando la cabeza, incrédula por lo que respondía.

Sentía temor del paso que estaba dando, era algo que estaba por sobre mis conocimientos, me estaba entregando y doblegando ante un hombre al que apenas conocía.

Unas horas de conversación y una noche de sexo fuerte y desenfrenado era todo lo que sabía de él.

Pero íntimamente, también había adoración y devoción.

No lo podía evitar, su mirada, su postura, su personalidad, su carácter y determinación, su exquisito trato, además de su inolvidable sonrisa, me hacían sentir tan frágil, tan pequeña, que necesitaba ser amparada bajo el manto protector de sus brazos.

Me consideraba una mujer fuerte, totalmente independiente económica y emocionalmente, profesional y bastante atractiva de cierta manera.

Relativamente culta, arriesgada y atrevida que en más de alguna oportunidad había levantado las banderas del feminismo, pero continuamente tenía la sensación de que algo faltaba en mi vida y en ese momento puntual, cuando respondí a su petición, descubrí que el sentido de pertenencia era mi punto débil, el pertenecer a alguien total e incondicionalmente, era sin duda el deseo más íntimo de mi existencia.

Finalmente, después de unos pocos minutos, levanté la vista, lo miré

fijamente y le dije con absoluta confianza y determinación:

—Soy tuya, has lo que quieras conmigo, sé que no me harás daño.

—Acepto ser tuya desde mi esencia de hembra y mi carne, por ti y para ti.

—Tengo la plena seguridad de que en tus brazos me quiero quedar, mi Amo —finalicé diciendo.

Andrés, desde ahora mi Amo, me miraba fija y pensativamente desde su sillón reflexionando sobre mi respuesta, pude notar que la emoción lo embargaba, sus ojos estaban humedecidos y podría afirmar que más de alguna lágrima rodó por sus mejillas.

Sentía adoración por aquel hombre, ese estado y aquellos gestos los convertía en un ser humano con sentimientos y emociones más allá de sus gustos y estilo de vida, los cuales previamente ya había aceptado, dejé de estar a la defensiva, bajé la guardia y simplemente me entregué tal cual lo hice la primera vez cuando salía a nuestra primera cita a ciegas, dejar que la vida me sorprendiera.

Se levantó de su sillón, me rodeo con sus brazos y me besó con tanta pasión que no pude evitar que un profundo suspiro saliera de mi alma.

Me empezó a acariciar, pasaba sus manos por mi cara como un ciego tratando de guardar una imagen en su memoria táctil, jugaba con mis labios e introducía sus dedos en mi boca, los empecé a chupar como si fuera lo último que pudiera hacer en esta vida.

Siguió tocando mi cuerpo hasta llegar a mis pechos, aprieta y pellizca con fuerza mis pezones hasta el punto de hacerme gritar entre una mezcla de placer y dolor.

Sentía su respiración agitada haciendo que la mía también se comenzara a acelerar, empecé a mordirme el labio inferior, señal inequívoca de que me estaba excitando.

Me llevó hasta la cama iluminada solo por el tenue resplandor de las luces de la ciudad que entraban por el gigantesco ventanal que abarcaba toda la habitación.

Se desnudó, nos tendimos en la cama y me abrazó por la espalda.

Sentía como su pene se encontraba en pleno apogeo, este se frotaba contra mi trasero, me di vueltas, lo tomé entre mis manos y lo introduje en mi boca.

Deseaba besar y comérmelo entero, estaba enorme y duro, sentía la necesidad de lamer y mamar ese órgano viril, porque íntimamente sabía que

mi poder radicaba en hacerlo feliz y entregarle placer.

Podía hacer de su poder el mío, de su deseo y goce, mi plenitud.

Levanté la vista y miré la cara de satisfacción de mi Amo mientras clavaba sus dedos en mi trasero, de pronto me voltea y quedamos en la perfecta ubicación para gozarnos mutuamente, en el famoso 69.

Su boca y su lengua lamía y besaba desde mi vagina a mi ano, mordisqueaba mi clítoris, los fluidos brotaban sin control ante tanto placer, mientras su pene pasó a ser mi juguete predilecto, disfrutaba tenerlo en todo su esplendor en mi boca, jugaba y lo saboreaba.

No pude evitar acabar en ese preciso momento de intensa gloria con su boca pegada a mi sexo.

Se dio vueltas, me abrió las piernas y siguió lamiendo mi clítoris hasta que de pronto se sube y me penetra con una facilidad increíble, lo sentía tan adentro, me proporcionaba tanta satisfacción que pensé que era una mujer hecha por y para dar placer.

Estaba en éxtasis.

Me sentía en un estado sublime, levanté mis piernas y las crucé sobre su espalda, empecé a moverme frenéticamente, mi Amo me siguió con movimientos suaves pero profundos, disfrutando así cada centímetro de su posesión.

Empecé a gemir sostenidamente hasta que nuevamente exploté en un intenso y apoteósico orgasmo, mi Amo me siguió inmediatamente y nos desplazamos fundidos el uno con el otro por un viaje al infinito.

Mi cuerpo empezó incontroladamente a temblar, tenía un tremendo nudo en la garganta, inevitablemente me largué a llorar.

Me abrazó en silencio dejando que me recuperara, había logrado conseguir lo que deseaba, y yo también, ser su sumisa, condición que podría durar toda la vida siempre y cuando él fuera mi Amo.

Rompiendo todo el hechizo del mágico momento de pronto mi Amo dice:  
—Ahora podemos cenar, ¿qué deseas pedir?

Me apoyé en su hombro derecho, lo miré y nos largamos a reír.

La realidad apareció de golpe, separamos nuestras pieles y nos recostamos en la cama, donde sellamos una vez más nuestro pacto, nuestro contrato.

—Acepto— fue la palabra que me quedó dando vueltas mientras conducía mi coche, como un autómatas de regreso a casa trataba de ordenar

las escenas y descifrar con calma todo lo que había vivido y sentido junto a Andrés, ahora convertido en mi Amo.

La marea de sensaciones, que estallaron en mi piel, se convirtió en el abecedario para dejar escrito en mi espalda cada una de las palabras consensuadas en susurros y selladas a besos.

Llamarlo Amo podía ser fácil si solo sintiera que lo que me unía a Andrés era solo sexo, pero esa pasión desbordada que habíamos vivido momentos antes, no podía ser tan superficial, con la única finalidad de saciar algunos de nuestros instintos naturales más básicos.

Por mi mente pasaban algunas de las muchas conversaciones que tuve con Cristina semanas antes.

—Cristina, te lo vuelvo a repetir otra vez; tan solo hubo sexo y del bueno, pero nada más —respondía por enésima vez a las interminables preguntas de mi colega que no podía controlar nunca su ansiedad y curiosidad.

— ¡Pero Fabiola! ¡Prometiste contarme todo con lujo de detalles! ¡Lo prometiste!

Cristina insistía e insistía en sonsacarme detalles de la cita que ella había propiciado con Andrés, por mi parte, no podía controlar la suspicaz sonrisa que se dibujaba en mis labios, dando entender que más de algún secreto había quedado guardado entre las sombras.

—Amiga —insistía— conozco a Andrés desde hace mucho, es culto, atractivo y sumamente seductor solo cuando él quiere, —y continúa relatando — es curioso, pero se ha creado un mito dentro de la familia, que dice que nada hace sonreír a ese hombre, —y sigue relatando— por eso te decía que era un tanto extraño, es como si su mente siempre estuviera en un mundo paralelo, ajeno a todo lo que sucede a su alrededor, pero no se le va nada, cuidado con eso Fabi, te mira, te estudia y te hace inmediatamente un completo perfil psicológico, donde pocas veces se equivoca, llega a dar susto lo certero que es en sus apreciaciones, pareciera que siempre va varios pasos por delante sabiendo a ciencia cierta lo que vas a hacer o decir, como si leyera la mente de las personas. ¡Ah, otra cosa Fabi! evita preguntar cualquier cosa que se refiera a su vida privada y personal, no solo se queda callado y no responde, sino que traspasa con los ojos a quien se atreva a pasar la línea de lo íntimo y privado, la mirada que te da es capaz de derretir el acero.

Por eso amiga, déjalo que hable cuando quiera, no lo presiones para que te cuente cosas de su vida, lo conozco hace mucho y me rayó la cancha el

primer día, somos buenos amigos porque siempre he respetado sus normas y supieras las cosas que me ha contado y se de él —finalizó sonriendo guiñándome un ojo.

—Te cuento y te digo todo esto porque te estimo amiga, te veo embalada con Andrés y no me gustaría que sufieras por cometer errores evitables, el consejo es gratis, pero vale un café, tómalo o déjalo, amiga —terminó por decir Cristina.

No dejaba de impresionarme el comentario de Cristina, lo que hasta ahora conocía de Andrés era su maravillosa sonrisa, no entendía cómo ese particular gesto no era parte de su encanto público, tendría el mundo a sus pies.

Es tanto lo que desconozco sobre su persona —me cuestionaba —pero mi intuición me seducía y me decía:

*No preguntes nada, solo fluye.*

El pacto que había celebrado aquella noche se convertiría en el compromiso más estable que habría tenido en años.

Entre tropiezos emocionales y ensayos sin terminar ya me había resignado, a pesar de mi edad, a pasar el resto de mi vida entre el trabajo, mis libros y mis gatos.

Estaba entregada y cansada, no quería más experimentos.

Por eso, esta nueva revolución hormonal no solo hizo que una sonrisa se instalara de forma permanente en mi cara, sino que cada rincón de mi geografía volviera a sentir el deseo y me inundara de humedad juvenil.

Seguía conduciendo con sus besos pegados a la piel de mil formas y colores, formas y colores que no conocía y que, sin embargo, saboreaba con avidez, besos que me transportaron y me hicieron evocar lo sucedido pocas horas atrás.

—Fabiola —me dice con voz firme— ¿estás segura de querer seguir? Es tu oportunidad para que te arrepientas.

—¡Por supuesto que quiero! —Exclamo, mientras nuevamente acaricia suavemente la espalda, con cada uno de sus dedos, erizando mi piel de tal manera, que casi puedo sentir cada uno de mis poros.

— ¿¡Por supuesto qué!?! — pregunta mientras me mira detenidamente esperando saber que si había comprendido el mensaje.

—Sí, Amo —respondí saboreando aquellas dos palabras que jamás en mi vida imaginé que iba a usar en mi vocabulario.

—Muy bien, guapa como ya nos estamos entendiendo, te voy a explicar un par de reglas muy sencillas y que son muy importante que conozcas y aceptes, antes de comenzar lo que validará el contrato que existe entre ambos.

—Comencemos —me susurra al oído mientras toma de mi cabello con fuerza y firmeza, dejando mi cara frente a la suya sin poder dejar de mirarlo.

—¡UNO!

Eres mi sumisa, la que obedece y me sirve en todo momento, exceptuando por supuesto, circunstancias naturales o especiales como también limitantes infranqueables que se presenten durante el camino.

—¡DOS!

—Debemos velar el uno por el otro. Yo desde mi rol de Amo y tú desde tu rol de sumisa.

Velaré por tu seguridad y bienestar y tú velarás que siempre este satisfecho, me cuidarás y me servirás.

¡Velar y servir! Qué verbos más extraños pensaba, ninguno de ellos los había conjugado en mi vida, ni cuando firmé el formal contrato matrimonial hace ya muchos años.

Mi boca podía sentir como su lengua recorría mis labios de norte a sur, de este a oeste tomando posesión del territorio.

—¡TRES!

—Todo lo que suceda entre nosotros será consensuado, no es mi fin gozar haciéndote sentir dolor, no necesito de tu dolor para sentir placer.

Mientras detallaba cada uno de los puntos de nuestro pacto, sus dedos comenzaban a jugar con mis pezones hasta endurecerlos y mordisquearlos muy suavemente para hacerme gemir.

Al intentar besarlo también, retrocede y toma mis muñecas firmemente colocándolas detrás de la cabeza mientras exclama:

—¡Quieta, guapa! Acá soy yo el que dirige el proceso.

—¡CUATRO!

—Tienes derecho a usar una palabra de seguridad en todo momento, es un derecho Irrevocable, si te ves o sientes que estás en peligro no dudes en usarla, así evitaré hacerte daño.

—¿Cuál sería tu palabra de seguridad Fabiola?

—CARPE DIEM —dije sin titubear.

—Mmmmm. —Muy bien, guapa, ¡no terminas de sorprenderme!

No terminaba su frase, cuando comienza a viajar por mi vientre y deja

caer su lengua entre mis piernas, sigilosa viaja de un muslo a otro hasta situarse en mi clítoris floreciente, que al solo sentir el contacto me hizo levantar las caderas.

Sonrió al descubrir que estaba muy caliente.

—¡CINCO!

—Te castigaré solo si lo mereces, no sin antes explicarte el motivo.

—SEIS

Tenemos la obligación de ser sinceros, yo confío en ti, tú confías en mí.

—¿Nos estamos entendiendo?

—Sí, Amo. —Respondo con un hilo de voz tratando de evitar retorcerme ante tan irresistible tentación de correrme.

Mi amo continúa:

—Entonces te daré a conocer las últimas condiciones de una manera que no podrás olvidar.

Sin darme respiro me voltea y me deja en cuatro con el culo a su merced, acaricia mis nalgas y me embiste por el ano sin aviso haciéndome gritar de placer y susto.

—¡Silencio, guapa! .

—¡SIETE!

Respeto

—¡OCHO!

Obediencia.

—¡NUEVE!

Devoción.

Entre cada número entraba y salía, una y otra vez de mi culo embistiendo con más intensidad.

En un segundo lo sentí agitado y muy caliente, ya no me daba instrucciones, si no que verbalizaba lo que iba sintiendo.

—¡Joder, qué caliente me tienes!

—Eres deliciosa, guapa.

—¡Ya no puedo más!

Noté cómo explotaba un volcán contenido dentro de mí, como buscando desesperadamente la salida a la superficie, sentía como derramaba en el interior de mi ano toda su deliciosa energía, que entre espasmo y espasmo enloquecían sus caderas y en un suspiro sostenido se dejó caer sobre mi espalda agitado.

Por unos instantes solo sentía palpitar su corazón y respirar en mi oído como si desfalleciera.

Me levanto y me paro enfrente de él, que aun jadeaba, por el intenso orgasmo que había tenido, lo miro a los ojos y le digo:

—Acepto.

La realidad volvió a aparecer de golpe, separamos nuestras pieles y nos recostamos en la cama, donde sellamos una vez más nuestro pacto, nuestro contrato.

Acepto.